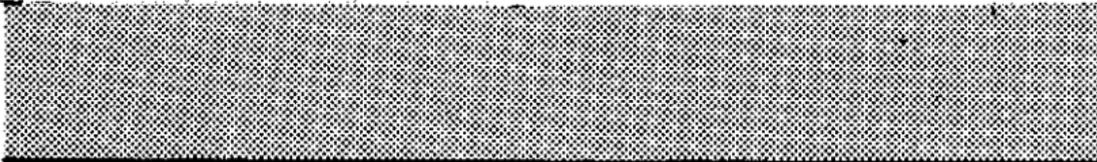


**LA VIDA DIPLOMATICA DE
ANTONIO CARRILLO FLORES**

ANTONIO ARMENDARIZ CARDENAS



Nuestras primeras palabras en esta noche son para honrar a la compañera del gran mexicano que recordamos, Doña Fanny Gamboa de Carrillo Flores: Fue ella el ideal concreto de sus elevadas aspiraciones, particularmente en la actividad cuyo subrayado se me encomienda: su vida diplomática. En la tarea de las relaciones internacionales el trabajo de un embajador ha de compartirse con su compañera; pues en ninguna otra actividad, como la diplomacia en el exterior, es la mujer quien apoya, anima, ayuda en las horas de desconsuelo o momentos de duda y, no pocas veces, sugiere formas de servir mejor a nuestro país. Por lo demás, en toda vida de varón ilustre encontramos a sus espaldas una mujer ejemplar. ¡Honor a quien honra merece!

Sin dejar de citar a tiempo los más destacados éxitos del gran mexicano que hoy recordamos, en su labor diplomática al servicio de México y los pueblos débiles, es de suponerse más cabal comprensión a su acción ejemplar como negociador nato, si evocamos sus primeros años en toda circunstancia.

Desde los años veintes vimos a Antonio Carrillo Flores siempre gozoso, tan alegre como obsecuente, claro y simplísimo en el desarrollo de todo razonamiento; tan estudioso, que sorprendía a sus profesores cuando explicaban física o matemáticas, por ejemplo; desgranaba lecturas de la más hermosa literatura,

que es la española; evocaba hechos o personajes de nuestra historia al describir las horas difíciles que ha padecido nuestro país y de las cuales pudo salir siempre victorioso, como pueblo que no se abate ante la adversidad, aunque tampoco le envanece el éxito o la victoria.

Estuvo lejos de Carrillo Flores esa impresión de los estudiantes que en España llaman empollones y en México macheteros. No alardeaba nunca con la rapidez de su entendimiento o la capacidad de síntesis de lecturas o explicaciones fundamentales en aulas y bibliotecas. Ayudaba casi con candor, afecto y mucha paciencia a quienes preguntaban acerca de algún extremo de las lecciones por mucho que el profesor repitiera ante sus alumnos Diálogos de Platón, la Etica a Nicómaco, el Arbol de Porfirio o los "Primeros Principios", de Heriberto Spencer; la iniciación en la cuestión social, con el conde de Saint-Simón, Louis Blanc y el entonces ineludible Carlos Marx.

Y era de ver la diáfana claridad con que aquel joven de traza indígena, diligente, exponía el asunto, como si en vez de hacer el favor de la explicación, precisamente le favoreciera a quien le escuchaba, no obstante que el profesor suponía no requerirse más que la verificación en las mismas fuentes de algunos detalles relativos a conocimientos expuestos en la lección.

Ya mayor de edad, aún adolescente, sus primeros jefes (muchos de los cuales habían sido sus profesores) advirtieron ya no sólo alcances de su agudísima inteligencia, su amplia información jurídica y cultural, cada día mayor y más refinada, sino ese talante propio de quien adopta, como inamovibles, normas de conducta amable en su trato con los demás, tanto extraños

como amigos, en ocasiones animados por actitudes beligerantes, aunque él empeñado constantemente en la remoción de obstáculos, evitar estorbos, para llegar a conclusiones benéficas para todos, como resultado de alternativas que ofrezcan más anchos caminos para un convenio benéfico entre las partes.

Conocedor de los principios generales del Derecho Civil procuró confirmar enseñanzas tan precisas como las inolvidables explicaciones de Biagio Brugi, sin desestimar elevadas consideraciones filosóficas de Rudolph Stammler o el, para otros, entonces tan obscuro Radbruch.

De familia de artistas cultivadores de la música más excelsa no ignoró que un jurista, como cualquier profesional egresado de las aulas universitarias o del Politécnico, para integrar sus conocimientos y refinar sus habilidades debe someterse a disciplinas que no sin razón impusieron en otras épocas el *Trivium* y el *Cuadrivium*, pues afirmaba, no ajeno a la volteriana sonrisa de León XIII, cuando advirtió: “quien sólo conoce una religión no conoce ninguna”.

Era natural, entonces, que un hombre con tal formación encontrara vías y fórmulas normativas aparentemente sencillas, aunque siempre fruto de complicados estudios y largos trabajos realizados en la biblioteca o, entre horas, en el desempeño de sus funciones.

Estudiaba con devoción y no se le vio jamás hacer alarde sino de fechas relativas a acontecimientos extraordinarios en la vida de la nación; pero jamás tratando de confundir, desconcertar o sorprender a quienes atentos escuchamos sus explicaciones. Sería difícil encontrar a quien le atribuya expresiones

desapacibles o latiguillos, propios de la oratoria menor a que son proclives los demagogos en la falsa suposición de que por esta vereda pueden conquistar la voluntad de las mayorías; ni menos asumió nunca el acartonado procedimiento de imaginar que el engolar la voz significaba más autoridad y que el cuello duro implica modales comedidos o imprime mayor razón y conocimientos.

Afable, obsecuente, atento a exposiciones contradictorias, su espíritu diplomático facilitaba el entendimiento y la comprensión; y de ahí que lo mismo en México que más allá de nuestras fronteras haya alcanzado el éxito en la defensa de los intereses superiores de la nación, los ideales de nuestros pueblos y los propósitos y fines del Estado.

No es aventurado suponer que así como por sus frutos puede encontrarse el valor sustantivo de cada quien, adivinemos el proceso de una conducta más por sus hechos —grandes, modestísimos o pequeños—, que son efecto no de lo que se dice, sino principalmente de lo que se hace.

Y así resulta que si recordamos los ejemplos de las vidas ilustres que adoptó como patrones de conducta, descubrimos la primera de todas las que le merecieron veneración: fue su más amado “el joven abuelo”, Cuauhtémoc, el último emperador azteca, quien antes de ocupar el trono de la antigua Anáhuac, había sido señor de Tlatelolco; pues su devoción por el “único héroe a la altura del arte” le mereció liturgia especial. No sorprende así que su selección inmediata fuera hacia los padres de la Independencia, Don Miguel Hidalgo y Don José María Morelos y Pavón, quienes intentaron las primeras negociaciones internacionales del nuevo Estado y la nueva sociedad. Del

“Siervo de la Nación” guardó hasta el final palabras que son camino en sus “Sentimientos de la Nación”, acuñados en Chilpancingo y que, propiamente, son los primeros pasos hacia la organización constitucional de nuestro país, iniciada en Apatzingán.

Naturalmente, lo deslumbró Juárez el impasible, melancólico e implacable en cada capítulo de su larga lucha contra las clases privilegiadas, quienes recurrieron al apoyo extranjero, primero invasor y, poco después, organizador de un imperio desvanecido precisamente en Querétaro, donde Juárez se sobrepuso a cambio de dolencia posterior de su corazón, a la enorme pena de ajusticiar al emperador y luego padecer por noticias sobre la locura de la bellísima emperatriz. Pero quizá Don Benito Juárez sufrió mucho más la condena contra “el perjurio sin malicia”, como Don Genaro García llamó a Comonfort o su desconuelo por quien, en Guadalajara, le salvó la vida, Don Guillermo Prieto, a la vez que agudos dolores ocasionados por su “dedo chiquito”, Don Porfirio Díaz o el brillante jefe González Ortega.

Esas peripecias con el sacrificio de un coahuilense más que excepcional, Don Juan Antonio de la Fuente, varias veces ministro de Hacienda, cuando en tal dependencia se hacían milagros; embajador en las Cortes de la Triple Alianza; muchas veces ministro de Relaciones, a quien tuvo que sustituir con Manuel Doblado, adicto a la patria, pero no a Juárez, fueron causa del intenso dolor en la parte izquierda del pecho del gran patricio, que le rindió el mismo día en que acordaba con sus ministros, superaba ataques al corazón, disponía la minuta del medio día, en que a los platillos elegidos añadió un buen “burdeos” y pulque, pues hasta el final fue fiel a lo genuino de nuestra raza.

Al recordar el sacrificio del señor De la Fuente, su lección de lealtad al Benemérito, quien intempestivamente dejó sin efecto su nombramiento como nuestro representante en Washington, para enviar allá a Don Matías Romero, permite encadenar la devoción de Carrillo Flores por el ilustre Varón de Cuatro Ciénegas, Don Venustiano Carranza, a quien debemos las normas que desde la independencia, la reforma y la revolución, no ajenas a nuestra doble tradición cultural, indígena con Cuauhtémoc y española con las siete partidas, la novísima recopilación, etc., cuajaron en 1810 en la abolición de la esclavitud y luego la Constitución del 57, debida a Juárez y sus amigos, integrantes de la generación más ilustre, más inteligente, más honorable y patriótica que ha tenido México a lo largo de nuestra historia.

En efecto, son palabras del señor Carranza, el 1o. de septiembre de 1918, las que orientaron la conducta diplomática de Carrillo Flores en las intervenciones luminosas de su actuación:

“Las ideas directrices de la política internacional —dijo Carranza— son pocas, claras y sencillas. Se reducen a proclamar:

“Que todos los países son iguales; deben respetar mutua y escrupulosamente sus instituciones, sus leyes y su soberanía;

“Que ningún país debe intervenir en ninguna forma y por ningún motivo en los asuntos interiores de otros. Todos deben someterse estrictamente y sin excepciones al principio universal de no intervención;

“Que ningún individuo debe pretender una situación mejor que la de los ciudadanos del país a donde va a establecerse ni

hacer de su calidad de extranjero un título de protección o de privilegio; nacionales y extranjeros deben ser iguales ante la soberanía del país en que se encuentran y, finalmente,

“Que las legislaciones deben ser uniformes e iguales en lo posible, sin establecer distinciones por causa de nacionalidad, excepto en lo referente al ejercicio de la soberanía.

“De este conjunto de principios —agregó— resulta modificado profundamente el concepto actual de la diplomacia. La diplomacia debe velar por los intereses generales de la civilización y por el establecimiento de la confraternidad universal”.

Juzgamos necesarios los antecedentes de la vida diplomática de Don Antonio Carrillo Flores, debido a que son muy aleccionadores respecto a las directivas de su devoción hacia los integrantes del eje de su conducta, ya no solamente como diplomático, sino como mexicano excepcional.

Advertíamos que desde su adolescencia fue negociador esencial; siempre esforzado en juntar lo más antitético, quizá por su juvenil pasión por la física, donde se aprende que las fuerzas contrarias buscan sentido, igual dirección y, en consecuencia, generalmente mayor magnitud, de donde resulta que en otros campos, como precisamente la diplomacia, se logra generalmente mayor y más estable vigor.

No se niega el poder de los componentes, sino más bien que al reconocer su imprescindible resultante, ésta generalmente beneficia a los componentes.

Su devoción por Cuauhtémoc, máximo defensor de la dignidad, le hizo comprender que los hombres y sus pasiones, al decidirse por el imperio del dinero o por el poder, lo que vale no es la victoria de la materia al servicio de la materia, sino del ideal que eleva al espíritu y es perdurable, con sus caracteres de eternidad, igual para quienes mueren víctimas de la inquina de los adoradores del becerro de oro, que para los que aconsejan amar a todo el género humano, inclusive a los enemigos, debido a que es la realización del bien entre los mejores cuyo ejemplo guarda la humanidad, como Sócrates en el tiempo antiguo o Cristo en los principios de nuestra Era; Miguel Servet o Galileo, cuyo sacrificio no pudo empañar la verdad frente a la sordidez o vulgaridad.

Don Quijote, tan español como mexicano, tan argentino como centroamericano, con raíces muy hondas en el Caribe, continúa ganando batallas por el ideal del bien, que es derecha vía hacia la igualdad de todos los hombres.

Alguna vez, en rueda de amigos, escuchamos cómo Carrillo Flores admiraba a Paulo III, el de la Bula *a Divinis Deus*, cuando en 1537 sancionó argumentos de los misioneros de Nueva España, basados en la doctrina de que no hay pueblos elegidos ni nadie es más que nadie; motores de la pragmática de Doña Isabel la Católica, al reconocer los derechos humanos de los primitivos habitantes de esta parte del orbe. Añadía lúcido y sonriente: “¿qué tengo yo que ver en materia de derechos humanos con Thomas Jefferson, cuando en voz de Paulo III se reconoce la igual dignidad de indígenas y europeos y los demás hombres de todo el mundo?”.

Es reconocida la cordialidad que le unió con lo mejor del norte del continente. Con asiduidad recurría al ejemplo de Lincoln, del Chief Justice Holmes y no pocas veces aludía a Morrison Waite, quien al recibir partidarios que le ofrecían su candidatura a la presidencia de la República, contestó como ministro de la Corte Suprema en palabras que son mensaje: "quien quiera que crea que mi puesto es inferior al cargo de presidente de la nación, no merece mi puesto".

Su devoción hacia los valores del tiempo antiguo, añadida al culto por nuestros primeros padres y al Benemérito, con Don Juan Antonio de la Fuente en lugar excelso, hizo que jamás torciera el rumbo de la política internacional de nuestro país y que se rigiera en el desempeño del cargo como embajador o secretario de Relaciones con patriotismo semejante al del señor De la Fuente, y conforme a los puntos de otro coahuilense ilustre, Don Venustiano Carranza, transcritos anteriormente.

De meditar en los alcances de su labor como diplomático en el largo y vidrioso conflicto de El Chamizal o la pugna, a veces violenta, sobre la desalinización del Río Colorado, la defensa de los "espaldas mojadas", su actitud frente a la intervención en Santo Domingo de la llamada "fuerza interamericana"; esa convicción en su inalterable fidelidad hacia los escogidos como su ejemplo en la defensa de intereses superiores de la nación, no son extraños a la luminosa declaración del señor De la Fuente: "contra la patria no hay razón"; que fue para Carrillo Flores excelsa verdad, como también el consejo de Juárez al joven Matías Romero, a quien siempre obedeció y admiraba como diplomático y hacendista, reorganizador del tesoro público, según memoria de 1870, al subrayar Don Benito a nuestro representante en Washington: "lo que no hagamos por

nosotros mismos, nadie lo hará”, a la vez que aquella recomendación para “hacer valer el derecho moderadamente y con dignidad, a fin de mantener la armonía y concordia entre todos los pueblos”.

Por otra parte, la prudencia de Carrillo Flores no significó nunca debilidad, sino más bien fortaleza de espíritu para arros-trar diferencias, lo mismo frente a los violentos que ante los impacientes, ya que la impaciencia no es siempre la mejor mane-ra de servir a las buenas causas.

Nacido en Coyoacán, cuando fue un pueblecito de gran alcur-nia en el valle, bien podría remedarse el poema de Juan Ramón Jiménez, de quien fue sensible y dulce admirador: “cuando yo era niño Dios, Coyoacán, éste mi pueblo, era blanca maravilla, cada casa era un palacio, cada iglesia catedral”. Por algo Coyoacán fue escogido por los españoles para establecerse en el asien-to del antiguo jardín zoológico de Moctezuma.

De orígenes indígenas, con traza de tlacatecuhtli, en Anáhuac; amauta del Perú; cacique guaraní, del Paraguay; o araucano de Chile, alcanzó a vivir casi toda la centuria que está por terminar, y nadie podría negar que los tiempos actuales de nuestra histo-ria son muy difíciles y confusos dentro de la historia universal. En México tuvimos primeros brotes de inconformidad a fines del Porfiriato; el inicio de la revolución, el nacimiento de la Uni-versidad Nacional de México y la lucha de los años violentos que demandó consolidar la revolución con el nuevo Estado y la nueva sociedad. El proditorio asesinato del señor Madero, las directivas lúcidas de Carranza, permeadas por las ideas de Cabre-ra, en los problemas del trabajo y del campo; o Vasconcelos, en la escuela, con el renacimiento cultural de México, afianzado

todo en la tradición indígena, fundida en principios de convivencia tan españoles, como el municipio o las prácticas democráticas entre iguales, confrontadas con ideas comunes a ingleses, franceses, alemanes, lo cual demandó tener ojos para todo como Carrillo y ser suaves con los tímidos, solícito con quienes tienden a apartarse, misericordioso con los absurdos, sin olvidar con quien se habla. Guardarse de alusiones o temas que puedan irritar, pues un hombre educado por la escuela inglesa no se impone en la conversación ni resulta pesado o aburrido. La educación que absorbió en sus primeros años escolares en Nueva York, entonces tan semejante a los de Gran Bretaña, le permitieron observar cuidadosamente los lineamientos que con cierto orgullo hacen decir de sus egresados: "an old english boy".

Porque la educación desconoce fronteras, pues igual valor tiene en México que en la alegre Inglaterra o en las primitivas trece colonias; en España o Francia, Japón o Alemania, cuando en esas tierras se obedecen principios —como enseña John Henry, Cardenal, Newman— "hacer ligeros los favores, pues más bien ha de darse la impresión de recibirlos, en vez de otorgarlos. Nunca hablar de sí mismo, sino cuando dejar de hacerlo sería no cumplir una obligación. No defenderse con frases hirientes ni tener oídos para la calumnia ni aun para la insidia; y escrupulosamente librarse de achacar motivos innobles a quienes difieren de opinión. No ser mezquino jamás ni pequeño en las disputas o tomar indebida ventaja, ni personalizar los argumentos o confundir a otros con palabras rudas ni menos insinuar en daño de los demás, lo que no nos atrevemos a denunciar con claridad".

La prudencia amplía la visión, según comentarios de nuestras

diarias conversaciones al principio de las labores, cuando terminaba diciendo “ahora vamos a trabajar”, “ya hablamos de cuestiones fundamentales” y aconsejaba observar la máxima antigua que enseña a “conducirnos de manera que veamos en los enemigos como si algún día tengamos que llegar a ser sus amigos”.

En palabras del cardenal Newman, encarecía “el buen sentido para que los insultos puedan afrentar y estaba siempre demasiado ocupado para recordar injurias o perjuicios, gozando de esa indolencia que impide guardar rencor. Perdonaba y se resignaba conforme a la filosofía que enseña: “someterse al dolor porque es ineludible, a la pérdida de lo más querido porque es irreparable; y a la muerte porque ese es su destino”.

Con tales antecedentes y sus estudios históricos, la selección de ejemplos permanentes en la memoria del hombre y su formación, desde la primaria al bachillerato, con los años inolvidables de la Escuela Nacional de Jurisprudencia, era natural que un espíritu altamente dotado conquistara los laureles del éxito, desde su primera experiencia profesional en la Procuraduría General de la República, luego en la Suprema Corte de Justicia de la Nación, como secretario; en el Tribunal Fiscal de la Federación, en varios empleos en la Secretaría de Hacienda y Crédito Público; director de Nacional Financiera y como responsable de nuestras finanzas públicas, para después ir al servicio exterior de México como embajador en Washington; secretario de Relaciones, embajador en Moscú y desempeñado elevados cargos como representante de México en Naciones Unidas, secretario de Población de dicho organismo y, finalmente, embajador emérito.

Resolver el viejo problema del Chamizal, el caso tan debatido de la desalinización del Río Colorado, el corte de Ojinaga y los movimientos del Río Bravo, con su defensa siempre vigilante de nuestros trabajadores migratorios, fue resultado de su golpe de vista con perspectiva; sus características distintivas desde los días de la mocedad, cuando mostraba entre sus compañeros clara comprensión y respetuosa tolerancia en el equilibrio de fuerzas dispares y, en ocasiones, hasta excluyentes, ofreciendo siempre formas de solución a que no pocos parecieron irresolubles.

Así, resulta que tanto en su cargo de embajador ante la Casa Blanca, cuestiones consideradas en otras épocas como “proble-máticas o difíciles” se desvanecieron hasta lograr éxitos para nuestra patria, como los señalados, con otros más a lo largo de dieciocho años como embajador, secretario de Relaciones Exteriores y representante ante la Unión Soviética, donde hizo brillar el primer capítulo de la nueva era Tlatelolca que, con Itamaratí, forman dos organismos del servicio exterior Ibero-americano que son ejemplo de fidelidad a las esencias más puras de actitudes y tratos con los pueblos y gobiernos de todo el mundo; con doctrina, procedimientos, sumisión al Derecho y conducta clara que enorgullece a quienes tienen el privilegio de asumir esas responsabilidades, observantes del derecho de cada quien y al respeto irrestricto de la soberanía, igualdad jurídica de los Estados y arreglo pacífico de las controversias.

En consecuencia, pudo considerarse amigo y ser respetado por los dos grandes poderes contemporáneos; y esto se comprueba con las muestras de admiración y hasta desconsuelo de esos dos pueblos que, al morir Carrillo, manifestaron su pena ante el pueblo de México y su gobierno.

Merece atención especial su intervención decisiva en el Tratado de Límites con México y los Estados Unidos, que aseguró que nunca jamás se pueden presentar casos como el del Chamizal, firmado en 1970, del cual orgullosamente consideró su mejor trabajo en servicio de los dos países, dejando ejemplo de arreglo pacífico de controversias entre los pueblos. Igualmente, puede añadirse su desempeño como sub-secretario general de Población ante la O.N.U., dentro del mandato de Kurt Waldheim, y secretario general en la Conferencia Demográfica de Bucarest, así como consejero del gobierno mexicano en demografía. Hechos extraordinarios que, inclusive, nos hicieron cambiar de metas en la materia, pues anteriormente, debido a credos y doctrinas religiosas, sociológicas o políticas, eramos partidarios de la libérrima decisión para tener los hijos “que Dios nos mande”, si es lo primero, o los que queramos, de sólo atender a impedimentos de orden social, como los malthusianos. Indudablemente, al mexicano Carrillo Flores debemos la limitación de la población en nuestro país, que del índice de 3.5 por ciento de incremento anual, en 1970 bajó al 2 por ciento, en poco más de tres lustros, sin olvidar la advertencia de Disraeli acerca de los tres grados de la mentira: “la mentira, la satánica mentira y la estadística”; pero se acepta la verdad, de tendencia tan acusada en materia de población, precisamente debido a que la economía, disciplina que amó particularmente Carrillo Flores, es, como afirmaba, “una ciencia de efectos y tendencias; de más o menos, no de más y menos, como en matemáticas”, error en que incurren quienes la estudian lejos del medio donde han de aplicar principios que jamás son exactos; y, de ahí tanta equivocación.

Al entrar en lides de controversia, su inteligencia disciplinada “le guardó de la torpe descortesía que deja campo para el ren-

cor, por apelar a espadas que aplastan sin cortar con limpieza; ni dan precisamente en el clavo del argumento, por duro que sea su golpe, y malgastan su fuerza en nimiedades, se equivocan de adversario y, a la postre, dejan más enredada la discusión de como la iniciaron”.

Resulta obvio que Carrillo Flores pudo equivocarse en ocasiones sus opiniones, pero conservó limpia la capacidad de juzgar para no ser injusto, sin manchar la toga, debido a su sencillez, que era su fuerza, y a la brevedad, que siempre le acompañó.

En suma, podría decirse que tuvo presente la triple condición clásica en la conducta del diplomático: el *venustum*, el *honestum* y el *decorum*, que producen belleza, debido a que desde los orígenes la verdad es belleza en el Derecho, belleza en la justicia y belleza en el bien.

Sus conversaciones con algunos de sus amigos permitieron recordar a la vez que a patricios de nuestra historia, como los evocados al principio de esta intervención, y matizados con sentencias de John Henry, Cardenal, Newman o Matthew Arnold y poemas de Yeats, aunque le oponíamos a Keats o Tennyson y, sobre todo, a Lowell, que advierte: “This man’s worst deed. To let the things that have been, run to waste. And in the unmeaning present sink the past”. No sin picardía, Carrillo Flores escondía su labor constante, su esfuerzo en el estudio que casi no le cansaba, para evitar elogios de sus amigos al repetir a Shakespeare en Enrique III, cuando dice: “Thou art the laziest and thou shall be king”.

Y, como es sabido, amante cordial de la literatura, nunca olvidó la sentencia latina: *Quicquid agunt homines, votum, timor, ira, voluptas, gaudia, discursus*, pues derramó su espíritu en caudales de poesía y sus labios llenos de elocuencia decoraron lienzos donde aparecía la belleza con tonos de asombro y éxtasis.

En la parte final de su introducción a su libro “Homenajes y Testimonios”, dice: “Mi padre y Nabor son las ausencias más notorias”. En esta ocasión, Antonio Carrillo Flores está presente y no pasará. Frente a las ausencias definitivas de su padre, Don Julián y su hermano Nabor, con las de amigos tan queridos como Angel Carvajal, Miguel Alemán, Agustín Yáñez y Don Ignacio Chávez, que fue nuestro entrañable y amigo mutuo, y unos pocos más, cuya memoria nubla los ojos y ahoga muchas gargantas, evoquemos finalmente los principios del mundo indígena que Carrillo nunca olvidó: “tlacaqualli monequi”, “lo que es razonable es bueno”. Y Antonio Carrillo Flores fue razonable y, por eso, bueno.